

Sátira nuclear: una taza en *EL CAFÉ ATÓMICO*

★ HITOSHI ISA KOHATSU



Foto: *El café atómico*
Fuente: elholocaustodepabloalekssander

A inicios de la Guerra Fría, el gobierno estadounidense creó una narrativa propagandística que retrataba a la bomba atómica como un fenómeno positivo. *El café atómico*, documental de metraje encontrado de 1982, es una de las películas más persuasivas sobre el horror del armamento nuclear. Con mucho humor, exhibe cómo las armas formaron parte de la cultura popular estadounidense durante las décadas de los cuarenta, cincuenta y sesenta.

na vez que el gobierno estadounidense soltó a Little Boy y Fat Man sobre Hiroshima y Nagasaki, la bomba nuclear entró en la discusión política, militar y cultural de Estados Unidos. Debido al claro peligro que estas armas representaban, la idea de su existencia y necesidad ante una hipotética guerra con la Unión Soviética se tuvo que hacer palpable ante el público en general. Para estos fines, la propaganda es una herramienta siempre útil.

En las décadas siguientes, el gobierno estadounidense produjo una propaganda cuantiosa, cuyo fin era normalizar la presencia del armamento. La bomba fue bien acogida en el imaginario popular, representándose como una fuerza positiva de progreso contra la URSS. Se abrió así la llamada edad nuclear. En 1976, Kevin Rafferty, Jayne Loader y Pierce Rafferty recogieron comerciales, películas, videos instructivos y caricaturas creados hasta mediados de la década de los sesenta. Estos fueron cortados en un producto que encapsuló la atmósfera de aquella era, y que es uno de los documentales satíricos más peculiares que se pueden encontrar actualmente en YouTube: *El café atómico* (*The Atomic Cafe*, 1982).

Su montaje parte de más de diez mil horas de propaganda gubernamental para resumirlas en menos de noventa minutos. Comienza con las palabras del piloto que soltó la bomba por primera vez en 1945, y seguidamente realiza una exposición de los daños en vidas humanas que causó: muertes, enfermedades y destrucción de viviendas.

Si, por un lado, encontramos canciones alegres que legitiman las bombas nucleares, por otro, aparecen videos que revelan la cruda realidad: científicos

confesando los grandes riesgos de la detonación de tales proyectiles, víctimas de experimentos con radioactividad y políticos que traslucen sus motivos para impulsar la construcción de las armas. Es la ilustración inquietante de una época.

Wills (2019), en un ensayo, señala que el filme resalta el espectáculo estético, la novedad abundante y la apropiación *kitsch* de la época, pero también revela el drama, engaño e incluso la muerte asociada con la experimentación atómica. Lo cierto es que el montaje logra que la llamada edad atómica sea vista como una banda de *rock* con la capacidad de generar un estado de histeria, como una moda, un fenómeno pop. Uno puede ver cómo el concepto del arma nuclear en el imaginario cultural cambia de una herramienta de Pax Americana (la denominación política que Estados Unidos de Norteamérica le dio a ese periodo) a una figura *kitsch* de simple "Americana" (que es emblemático de la cultura e identidad estadounidense).

El humor de *El café atómico* es sombrío. Ello se logra gracias a una clase maestra del efecto Kuleshov, en el que el choque de dos encuadres en una secuencia permite que el espectador identifique diferentes significados. La yuxtaposición de sentidos hace que el mensaje sea claro: la futilidad

Foto:
El café atómico



Fuente: Datebook

de una guerra nuclear y la autoridad en su rol absurdo de convencer a una población de lo contrario, en un tono artificial, que recuerda las *sitcoms* de los años cincuenta, sin dejar de transmitirnos una sensación de terror. Si de pronto vemos un video instruccional aconsejando qué hacer si una bomba probada en un desierto trae radioactividad a un pueblo cercano, en seguida puede aparecer un alegre infomercial que asevera que el peor efecto secundario de una exposición radioactiva es la pérdida de cabello, lo que puede resolverse, según dicho material audiovisual, con una peluca barata.

Así, estamos ante el matrimonio del humor y del horror. Sin embargo, no por ello la cinta se distancia de criticar cómo las figuras de autoridad de la época plasmaron una narrativa dañina y engañosa. Las promesas vacías que hicieron a las poblaciones indígenas de las Islas Marshall para utilizar su territorio como zona cero de una bomba de hidrógeno, expuestas en la película, son una muestra de ello.

La película indudablemente evoca otras narrativas cinematográficas que tratan también el tema de la proliferación de estas armas y la amenaza de la guerra. Ciertamente, el particular ambiente de la Guerra Fría dio lugar a que aparecieran trabajos que representaban la ansiedad sobre la bomba. Puede que la más reconocida sátira al respecto sea *Doctor Insólito* (*Dr. Strangelove or: How I Learned to Stop Worrying and Love the Bomb*, 1962). Incluso esta obra resulta sutil en comparación. *El café atómico* demostró que la realidad era, de hecho, aún más absurda de lo que cualquier comedia podía mostrar. La descarada osadía de ciertas figuras gubernamentales para beneficiarse de la vida de millones, que se aprecia en el documental, no requería de mayores exageraciones propias de ciertas cintas con búsqueda humorística.

Asimismo, se ha de mencionar cómo *El café atómico* prescinde de ciertas convenciones recurrentes en el documental, como el recurso conocido como *voice-over*. Esta privación de una voz que explique directamente lo que se ve permite que el filme hable por sí solo, y que el metraje nos invite a una interpretación y reflexión propias. Wiener (2007) justamente señala que la película revela que el narrador omnisciente es innecesario. Los significados comunicados a través de la edición pueden ser más potentes, más convincentes y más memorables que la información verbal en un guion leído por narradores (p. 73). Al utilizarse el *found footage*, se pone énfasis en las voces de la época, aquellas que vociferaban la propaganda, con una dicción anacrónica que revela la incoherencia de sus ideas. Regresando a Wiener, él describe que, en vez de un narrador



Foto:
Afiche del
documental

omnisciente, *El café atómico* tiene docenas de narradores para los diferentes clips; asevera que sus voces encarnan un tipo diferente de “narrador ambiguo”. El punto del largometraje es precisamente criticar las declaraciones de estos, exponerlos como abastecedores de mentiras (Wiener, 2007, p. 73). Las voces “oficiales” de los materiales audiovisuales recogidos son puestas en cuestión al contrastarlas con la realidad.

El café atómico posee un tono antiautoritario. De forma muy notoria, es un producto de los años ochenta, tiempos en los que hubo una creciente desconfianza en el gobierno estadounidense debido a varios escándalos respecto a la energía nuclear, como el accidente de Three Mile Island en 1979 y la creciente concientización sobre los efectos a largo plazo de materiales radioactivos. Entonces, emerge en un contexto social de descontento hacia las políticas de Guerra Fría. Así, demuestra los efectos de la propaganda en el imaginario popular, oscilando en un delicado balance entre lo satírico y lo inquietante. ◻

Referencias

- Wiener, J. (2007). The omniscient narrator and the unreliable narrator: the case of Atomic Café. *Film & History: An Interdisciplinary Journal of Film and Television Studies*, 37(1), 73-76.
- Wills, J. (2019). *Library of Congress Film Essay: Atomic Cafe*. <https://kar.kent.ac.uk/84847/1/AtomicCafe.pdf>